

poesía: Música del mundo

Cristian De Nápoli

Berlín Bailable

Love Parade: va cayendo desde el parque
el alba, chill-out del horizonte.
En este mismo jardín
hubo alguien que ya en su tersa infancia
sabía no hallar la salida.
Días de perderse en la multitud
y días en que las multitudes
hablan de perderse –
algo imposible a simple vista
pues marchan juntos.
Pero es verdad: a cierta baja en el volumen
de la música
vuelven los ídolos y los separan,
señal de que aún los cría el mismo dios.

A una clienta como

A una clienta como usted habría que regalarle
dos o tres cuadros de la guerra del Paraguay.
Yo estoy para un polvo y un comentario sobre Bataille.
Ya sé, no me lo diga, se arrepintió de pagarme.

A una clienta como usted habría que regarle
la siempreviva con agua de donde-siempre-es-carnaval
pero acá hace frío, de mi agua bautismal
no queda rastro. Esto es otro febrero.

Y convengamos que usted no fue a buscarme.
Yo vine a su barrio, me instalé en su bar.
Yo acá enseñé español para entrenarme

en hablar raro – yo antes hablaba normal.
Si hubiera sido usted quien hizo el viaje
pinacoteca habría más salvaje.

Torciéndole el cuello al delfín

Esa mujer
que acaba de escupir mientras miraba
al ferry irse.
La otra escupida que había echado
frente al cajero
automático del ferry;
la negativa a dar dinero,
el comienzo de la charla.
Dos horas después ella obtenía el título,
Presidenta del Karaoke.
El premio, mezcladitos nórdicos,
shotitos, pequeños shots de todo.
El ruido a siesta de los motores
bajo las olas
quebrado a cada instante por el crujido
de las reposeras.
La distancia crítica
frente al casino.
La idea de ella de que en el pasado fue
una amazona.
Traducir
su versión de “Aserejé”
a todos los idiomas.
Fundar un estado
de karaoke.
Cerrar algo.
El crujido de las reposeras
y eso que siempre se siente
como un dolor en el cuello.
Lo bueno de la risa es que no tiene idioma.
Lo bueno de la transpiración
es que no te abandona.
Si saliera del Mar Báltico un delfín
lindo cartel de “fin”
sería.
Pero toca estar siempre administrando saliva,
torciéndole el cuello a la música
con el repasador caliente
de la traducción.

Las extracciones

En Potsdamer Platz hacen cola
para comprar postales.
Un holandés
en medio de un arrebato de integracionismo
me pregunta si tengo alguna imagen
de mi país, para comprármela.
El tipo es un bólico de la etnicidad.
Nueva Zelanda fue su último enfermero.
Me fijo si tengo algo. Él
ya está yendo al banco, no hay cómo pararlo.
Al rato es un pionero
en conseguir al mismo tiempo
recuerdos de dos lugares.
Un migrante es lo contrario: está en dos lugares
con la mente en blanco.
Un migrante es un holandés perecedero.
La cola del Checkpoint Charlie y la del banco
en un momento se confunden. Parece
una delgada escola de carnaval.
Es febrero. Hace frío pero no se nota.
Brillan las caras, las bufandas color rojo fuego.
Brillan los frentes de edificios, las máquinas habilitadas.
Arden los gestos. Arden los dadores de euros.

Cristian De Nápoli nació en 1972 en Buenos Aires, y hasta hace poco estaba viviendo ahí. Pasó varios años en Finlandia y siempre que puede viaja a Brasil. Entre sus libros publicados se cuentan *Límite bailable*, *La Navidad de los autos* y *La sensación de trabajo*.